

# JOHN E. ENGLEKIRK O LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA \*

POR

ALFREDO A. ROGGIANO

*University of Pittsburgh*

Juan Eugenio Englekirk nació en Nueva York el 24 de septiembre de 1905. Hijo de John Englekirk y de Lena Didion. Terminados sus estudios secundarios, ingresó en el St. Stephen's College, en 1922, del cual egresó con el título de Bachiller en Artes en 1926. Este mismo año obtuvo una beca de asistente para enseñar español en la Northwestern University. El joven de veintitún años de edad, como ocurre a menudo en los Estados Unidos, iniciaba así su carrera docente y resolvía la financiación de sus estudios superiores. La enseñanza de los primeros rudimentos de español a otros compatriotas un poco más jóvenes que él fue útil experiencia para adentrarse en los secretos de la lengua y en el espíritu de la cultura que esa lengua transmitía. El vocabulario, la gramática, las preguntas y respuestas basadas en trozos literarios del libro de texto elegido *ad hoc*, fueron al principio contraste —y un poco el choque natural— de dos mundos que empezaban a confrontarse; la convivencia con otros hispanoparlantes del Departamento de Lenguas Romances le ayudó a completar ese primer paso de introducción al mundo hispánico. Sin duda estos fueron los años definitorios —si no definitivos— de quien más tarde habría de ser uno de los estudiosos norteamericanos más dignos de ostentar el lema que hemos escogido para iniciar la caracterización humana y profesional, ambas humanísimas, de John E. Englekirk: «A la fraternidad por la cultura»; lema asimismo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, institución que él contribuyó a crear y a mantener con

---

\* John E. Englekirk, uno de los fundadores del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, falleció en Los Angeles, California, el 30 de septiembre de 1983. En 1966 publiqué su libro *De lo nuestro y de lo ajeno* en la «Biblioteca del Nuevo Mundo», por mí dirigida, con una introducción, que reproducimos, actualizada, para honrar la memoria de uno de los más notables *pioneer* del hispanismo norteamericano.

irrenunciable tesón e inigualado empeño hasta la fecha misma de su muerte.

En 1928, con su flamante título de *Master* (equivalente, más o menos, al de profesor de Estado o Licenciado de Hispanoamérica), se incorporó como instructor de español a la Universidad de Nuevo México (Albuquerque, U. S. A.). Al año siguiente fue a Madrid para perfeccionarse en los estudios de su vocación, ya definitiva, en el famoso Centro de Estudios Históricos. Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás y otras figuras ilustres de la filología hispánica; textos medievales y renacentistas; fonética y fonología; conversaciones, lecturas comentadas, análisis estilísticos; semiología, paleografía e historia, y notas, muchas notas eruditas, aclaratorias, fundamentales; todo eso constituyó el ámbito en cuya atmósfera de cides, arciprestes, condes, abates, místicos, quijotes, sanchos, donjuanes, dulcineas y alguna celestina, respiró el estudiante-investigador norteamericano durante el año de 1929-1930. Al abandonar España era, sin duda, mucho lo que dejaba y bastante lo que traía de nuevo. Con el diploma correspondiente, recibido en 1930, vuelve a su país, a ese Nuevo México de heterogénea mezcla de indios «pueblos», españoles de rancio abolengo castizo, extremeño o andaluz, y de mexicanos un tanto atribulados por la fricción con el «gringo», que ya lo dominaba y era la causa principal de ciertos complejos y resentimientos de conocidos efectos psicológicos y sociales. Nos imaginamos el impacto que la «ambientación» del regresado a tal medio habrá tenido que soportar. Su noción de cultura y civilización, su sentimiento de confraternidad y sus límpidas ideas de intercambio humano habrán tenido que rozarse fatalmente con el trueque impuesto por las circunstancias. Y esto habrá decidido su actitud de trabajar por la noble causa de salvar los tesoros hispánicos que empezaban a desaparecer con la invasión masiva del progreso yanqui. Recorre pueblos, visita familias antiguas, conversa con actores y empresarios teatrales, hurga en bibliotecas privadas, archivos de iglesias y municipios, recoge folklore de la tradición oral, etc. Es decir, que durante una laboriosa y apretada década de «vividura» con los abuelos, padres e hijos del hispanismo (o la hispanidad, sin política) en aquella región del Nuevo Mundo, John E. Englekirk resuelve dejar su aleatoria vestidura anglosajona y convertirse en nuestro hermano español de los Estados Unidos de Norteamérica. Porque no puede ser considerado de otro modo (y éste es el legítimo sentido, el verdadero significado de la auténtica *con-fraternidad*) ese amor por las cosas de todas las Españas y esa dedicación tan absoluta a la recuperación de los valores olvidados, tergiversados o menospreciados. En la Universidad de Nuevo México completó las varias etapas de la docencia universitaria, hasta obtener el

rango permanente de profesor asociado, en 1939. En Nuevo México asumió, también para siempre, la responsabilidad del intercambio sincero de las dos lenguas y culturas: la española y la inglesa, que pronto va a ser la hispanoamericana o iberoamericana o latinoamericana, y la norteamericana.

En 1938, un grupo de distinguidos catedráticos de la lengua y las letras del mundo hispánico se reúnen en México y fundan el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, su órgano de difusión cultural la *Revista Iberoamericana* y la colección «Clásicos de América». John E. Englekirk está entre sus fundadores y es no sólo uno de los propiciadores del lema «A la fraternidad por la cultura», sino uno de sus ejemplos más puros, limpios y sinceros; es norteamericano de nacionalidad, pero hispanoamericano por cultura, sentimiento y actitud vital; esto es: el modelo práctico, concreto, indeclinable del lema propuesto. Ningún acto de su conducta lo ha desmentido, ni habría nadie entre nosotros que pudiera negarle calidad de tal. Por el contrario, a él nos referimos y a su ejemplo nos aferramos cuando la debilidad nos hace flaquear y corremos el riesgo de alguna posible deserción. Ejemplaridad que vale más que cualquier otro intento o proposición para asegurar la eterna armonía de los pueblos y la fecundación y permanencia siempre creadora de las culturas. Valga aquí un breve paréntesis al hilo biográfico para insistir en verdad tan necesaria. Porque hay que decirlo de una vez, no importa el tono polémico, desafiante o agresivo que se use: se es más norteamericano, como se es más mexicano, más argentino o más chileno, cuanto más nos damos y sentimos lo que nos dan; el norteamericano no será más norteamericano menospreciando o negando lo latino, europeo, etc., sino afirmándolo y afirmándose en dichas entidades vivientes, que lo harán más universal y hondo, más original y permanente. Y ejemplos hay de sobra para decir que nunca un hispanoamericano fue más dominicano, mexicano, argentino, chileno, etc., que cuando se educó, vivió, gozó o sufrió en los Estados Unidos. Pienso, por ejemplo, en Pedro Henríquez Ureña, para no citar más que un caso indestructible.

Y ahora volvamos a la biografía de nuestro personaje.

El 14 de febrero de 1931 John E. Englekirk contrae enlace con Fern Carolyn Houpp, bella e inteligente joven de Nuevo México, quien no sólo será la esposa que le dará tres hijos, sino la compañera ideal de sus viajes y la colaboradora en sus búsquedas. A Fern dedica John *De lo nuestro y de lo ajeno*, con toda justicia. Con Fern compartió los años de su doctorado en la Columbia University de Nueva York (1931-1933) y los numerosos viajes de *research* por todas las latitudes del mundo hispánico y otros mundos afines.

En 1934 concluye su doctorado, en la Universidad de Columbia, con una tesis sobre *Poe in Hispanic Literature*, trabajo magistral de investigación y método que sirvió de modelo a otros estudios de relaciones literarias entre Norteamérica y la América hispánica y que la citada Universidad publicó, por medio del Hispanic Institute, ese mismo año de 1934. Desde entonces su carrera docente ha sido como sigue; hasta 1939, en la Universidad de New Mexico, con la ausencia de 1937-1938, año en que concurrió a la Universidad de Chile, de la que obtuvo certificado de especialización en 1938. De 1939 a 1958 fue profesor asociado y profesor titular, además de *chairman* (jefe) del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Tulane, en New Orleans. En 1958 pasó a la Universidad de California, Los Angeles, como profesor titular, y al año siguiente fue designado *chairman* del Departamento de Español y Portugués de dicha Universidad, en la que ha sido uno de sus más acreditados maestros. Completan esta actuación académica los siguientes desempeños como profesor visitante: en la Universidad de Wisconsin (1941-1942), en la de Madrid (1955-1956), en la de Pennsylvania (verano de 1941), en la de Texas (1948), en la de Chicago (1949), otra vez New Mexico (1952) y Colorado (1957), siempre en las temporadas de verano.

Otros puestos, cargos honoríficos y distinciones de John E. Englekirk son: Miembro Fundador del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (1938); presidente de dicha institución de 1940 a 1942; codirector de la *Revista Iberoamericana* (1940-1953); director literario de la misma (1957-1959, siendo yo, ya desde 1955, el director editor); presidente de la AATSP (Asociación Americana de Profesores de Español y Portugués); presidente de la South Central Modern Language Association; director de la Oficina Europea del Instituto Internacional de Educación, con sede en París (1950-1951); representante oficial de la Inter-American Educational Foundation, del Gobierno norteamericano, en Río de Janeiro, entre 1944 y 1946. Ha recibido el Diploma de Honor de la Academia Mexicana de la Lengua; conferencista Smith-Mundt del Departamento de Estado en España y Portugal (1955-1956), y becario del American Council of Learned Societies. Ha viajado por gran parte de Europa, Africa, el cercano Oriente y por toda Iberoamérica, en algunos de cuyos países estuvo en repetidas ocasiones.

La obra publicada por el doctor John E. Englekirk consta de los siguientes títulos: *Poe in Hispanic Literature* (New York, Columbia University, 1934); *Bibliografía de obras norteamericanas en traducción española* (México: Apartado de la *Revista Iberoamericana*, 1944); *A literatura norteamericana no Brasil* (México, 1952); *La novela colombiana* [coautor] (México, 1952); *El epistolario Pombo-Longfellow* (Bogotá, 1956); *El tea-*

tro folklórico hispanoamericano (Coral Gables, 1957); *La literatura y revista literaria en Hispanoamérica* (México: Serie de la *Revista Iberoamericana*, 1962); *An Outline History of Spanish American Literature* [coautor] (New York: Appleton-Century-Crofts; 3rd edition, 1965), y *De lo nuestro y de lo ajeno* (México: Editorial Cultura, 1966 [Biblioteca del Nuevo Mundo], con prólogo de Alfredo A. Roggiano)<sup>1</sup>. Tiene lista una exhaustiva bibliografía de la novela y el cuento en el Uruguay y ha dejado preparado para su publicación un valioso y completísimo estudio crítico-bibliográfico sobre las revistas de Iberoamérica.

La obra de John E. Englekirk se destaca por el rigor en el método, la erudición de primera mano y la orientación comparatista. El folklore, la literatura popular, en especial el teatro transmitido oralmente, y las relaciones de lo hispánico con lo anglosajón, son los objetivos más evidentes de sus búsquedas. En este campo ha hecho contribuciones imprescindibles. El manejo de miles de revistas y publicaciones periodísticas de toda América ha hecho posible que siguiera, con sumo detalle y precisión, los pasos de Poe, Longfellow, Emerson, etc., por Hispanoamérica. Viajes, cartas, relaciones de gente de pueblo, noticias de amigos y otras fuentes similares le sirvieron de base para identificar un personaje de *Doña Bárbara* o para ajustar a la verdad la repercusión popular de las primeras ediciones de *Los de abajo*. Lo mismo la novela en Colombia que la literatura norteamericana en Brasil o las traducciones españolas de los escritores de su país, han sido objeto de esmerada dedicación. Todo lo cual hace de John E. Englekirk el *scholar* respetado, consultado y acatado. Pero, además, como lo decimos en el título de esta nota, la erudición de este esforzado paladín de las letras hispánicas en U. S. A. no es mero acopio de materiales, fuentes, influencias o afinidades, porque un pensamiento vertebra sus hallazgos con vista a los fines más universales de la cultura. Englekirk no describe sólo los efectos, las consecuencias de los fenómenos literarios, sino que busca y explica sus causas, con lo cual da a la comparatística un fundamento más científico que puramente literario. En todo momento, el arte, la literatura, se le presentan como hechos en cuyo fondo hay una criatura humana o un complejo de fuerzas sociales que lo explican. Comprender esa función de lo humano como actividad histórico-social es entrar en las razones que determinan los entes de la cultura y las creaciones del arte. Englekirk procede por simpatía, que es

---

<sup>1</sup> Sobre este libro véase la reseña de Roberto Esquenazi-Mayo en *Hispania* (volumen LI, núm. 2, mayo 1968, pp. 370-371) y una justa valoración del crítico mexicano Portifio Martínez Peñaloza, titulada «John E. Englekirk, hispanista», en el suplemento literario de *El Nacional* (México, núm. 1.048, 30 de abril de 1967, p. 1).

la forma primera de la admiración y el más seguro camino a la comprensión de lo ajeno. El título de su libro, *De lo nuestro y lo ajeno*, habla por sí mismo de esa comunión de sentimientos e ideas en cuyo ámbito se forja la fraternidad cultural. La firmeza y los resultados en tan clara perseverancia de propósitos no dejan lugar a dudas acerca de la condición esencial y del sentido último de toda la obra de John E. Englekirk. ¡A la fraternidad por la cultura!